



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Motín celestial.



- Pero ¿á qué viene este escándalo?
—Es que estamos indignados porque este periódico dice que la primera tiple señorita Fulánez canta como nosotros.
—Bueno, pero ¿á vosotros os oye cantar el revistero?
—No, señor.
—Pues por eso dice que canta como vosotros, porque tampoco se la oye.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La mejor compañía, por Luis de Ansoáin.—Palique, por Clarín.—Pitarquillo, por Vital Aza.—Cuchicheo amoroso, por Juan Pérez Zúñiga.—Una tiple... colectiva, por E. Navarro Gonsalvo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Matin celestial.—Nuestras oficinas.—El tiple (siete viñetas).—Los alabarderos (dos viñetas).—España cómica: Granada, por Cilla.



Entre los seres felices que han tomado parte en el empréstito figuran algunos escritores públicos, acerca de los cuales hay que suponer que no sólo satisfacen sus gastos domésticos con toda holgura, sino que además tienen en el cajón algunos miles de pesetas para acudir en socorro del Erario.

Si les hubieran dicho á nuestros respetables antepasados que llegaría día en que los poetas tendrían dinero de sobra para dedicarlo á empréstitos más ó menos productivos, se hubiesen hecho cruces, y, sin embargo, vean ustedes la *Gaceta*, donde constan los nombres de varios caballeros hijos de las musas.

La profesión no es tan mala como creó el vulgo indocto. Con el trabajo, la virtud y la ausencia de toda enfermedad crónica se consigue hoy la riqueza lo mismo en el terreno literario que en el de ultramarinos.

Yo no he logrado, empero, reunir lo suficiente para concurrir al empréstito, y eso que no faltó un hombre de negocios que vino á decirme:

—Suscríbese usted. No es posible emplear el dinero en cosa más segura ni más lucrativa.

—Eso estaría muy bien si yo tuviera dinero.

—¿Cómo? Ganando lo que usted gana, ¿no tiene usted diez ó doce mil pesetas en la hucha?

—Ni doce pesetas, ni doce céntimos, ni nada.

—Dispéñeme usted si le digo que los escritores son ustedes unos perdidos.

Puede ser; yo casi lo voy creyendo; pero por otra parte...

* * *

La profesión lleva consigo ciertas exigencias de que están libres la mayoría de los mortales.

Después de un par de horas de labor intelectual árida y fatigosa siente uno la necesidad de divertirse, como si buscara en el placer la compensación del penoso trabajo.

De mí sé decir que cuando he dado cima á uno de estos artículos insoportables que vengo publicando hace tres lustros, me siento como nunca inclinado al sibaritismo, y entonces es cuando quisiera ser príncipe ruso para tener un palacio y muchos carruajes y una bodega llena de vinos deleitosos y un armario repleto de puros y una orquesta celestial y una danza de sílfides que me entretuviesen hasta la hora del sueño.

Y ¡claro! á falta de todos estos refinamientos, me voy al café Inglés con mis amigos, y allí me tomo cuatro ó cinco cosas seguidas, que suelen hacerme daño, y al otro día tengo que llamar al médico, y el médico me receta una medicina muy cara y me recomienda el bromuro potásico y los aires campestres.

En fin, que no hay medio de economizar una peseta, y que á lo mejor viene un empréstito como el que acaba de realizarse en España y me encuentro imposibilitado de ser tenedor.

Salvo honrosas excepciones, entre las cuales está Vital Aza, autor dramático que gana una fortuna con sus obras, puede decirse que los escritores del empréstito no han obtenido los bienes terrenales con la labor de su pluma.

Unos han ejercido cargos públicos importantes, otros han heredado de sus mayores, á otros les ha caído la lotería y muchos han encontrado un tesoro escondido en una olla debajo de la cama.

* * *

Lo del empréstito ha sacado de sus casillas á mucha gente.

¿Quién iba á decir á D.^a Dorotea, la viuda más celosa de sus ochavos, que había de figurar entre las *tenedoras*?

Pues ¡nada! fueron á decirle que lo del empréstito era un verdadero negocio, y ahí la tienen ustedes *metida* en diez mil reales, como dice ella.

Hace dos ó tres días que hizo entrega de los quinientos duros, y hace otros tantos que no tiene ni un sólo momento de tranquilidad.

—Diga usted—pregunta á todo el mundo,—¿estarán seguras mis dos mil quinientas pesetas?

—Sí, señora; segurísimas.

—¿Cree usted que el Gobierno es persona de responsabilidad?

—¡Ya lo creo!

—¿Como á lo mejor se lleva una tantos petardos!...

—Puede usted estar tranquila.

—En cuestión de dinero toda precaución es poca. El año pasado le presté mil pesetas á un conde que se iba á casar y salieron fiadores otros dos títulos de Castilla, ¿y sabe usted la que saqué? Pues un disgusto muy grande, pues no sólo me negaron la deuda, sino que me quisieron llevar á los tribunales por corruptora de menores.

D.^a Dorotea, que entiende poco de empréstitos nacionales, cree que á quien prestó su dinero ha sido á Navarro Riverter, y no cesa de preguntar:

—¿Qué tal persona es el ministro de Hacienda? Yo creo que cuando le han puesto en ese sitio será porque tendrá buena conducta.

Ayer le escribió una carta al tesorero preguntándole por sus quinientos duros, y acababa diciéndole:

«Dígame usted cómo están y tenga usted cuidado con ellos, que me ha costado mucho trabajo reunirlos, y si ve usted que corren algún riesgo avíseme inmediatamente para pasar á buscarlos.»

Nada: lo mejor es no tener dinero, ni en casa, ni en la tesorería ni en ninguna parte.

Luis Taboada.

* * *

La mejor compañía.

La verdad, aunque una á veces

procure tener paciencia,
y, al oír ciertos dislates
que dice la gente seria,
sonría... como el conejo
y afirmo con la cabeza,
hay cosas que, francamente,
irritan de tal manera
que, á no ser porque no digan
que una no tiene vergüenza,
se daría el gran gustazo
dejando libre la lengua
y defendiendo á su modo
lo poquito que la dejan.
Y como hablar por hablar
es cosa que nada prueba,
ahí va mi historia... y á ver
si, después de conocerla,
hay quien diga que no tienen
razón de sobra mis quejas.
Quedé huérfana de padre
cuando yo contaba á penas
quince años; como en mi casa
carecíamos de rentas,
aunque él ganaba bastante
para vivir sin miserias,
al morirse dejó sólo
su recadero como herencia.
Por quedarse viuda y pobre
mi madre enfermó de pena,
y yo, que siempre he tenido,
por suerte, un valor á prueba
de calamidades, dije:
—¡A trabajar, Enriqueta,

que el trabajo no deshonra,
ni envilece la pobreza!
Y haciendo una obligación
de lo que adorno antes era,
para luchar con la vida,
que se presentaba negra,
pedí á la aguja el sustento,
tranquila, si no contenta.
Murióse á poco mi madre;
quedé sola, y aun mal seca:
las lágrimas que vertí
por desgracia tan inmensa,
que en mi espíritu ha dejado
por siempre imborrable huella,
la necesidad llevóme
al potrero de mi faena,
que al pobre no tiene tiempo
para llorar sus tristezas.
Y así viví desde entonces,
y vivíe mientras pueda
tener... la aguja en la mano
y en el corazón decencia,
que no hay abismo mayor
que el que cava la pereza.
Soy joven... y tengo novio
que me adora y me respeta,
porque más que en mi hermosura
se complace en mi pureza;
y como gatto en comer
lo que me da mi tataro
constante, y aún no he podido
jurar no aya francos,
él me acompaña de día
y de noche si se áncia,

pues no vive más que viendo los ojos de su morena. Y como pienso que nada de esto la moral reprueba, y verla tan cariñosa me agrada sobremanera, viendo á esas mamás que cifran su gloria en ser centinelas de una virtud que, por falta

de ocasión, lo es sólo á medias, y que crean escándalos que una salga con quien quiera y á un hombre le diga cuanto dentro del alma se lleva, me dan ganas de gritarlas: —¡Un poquito de prudencia, que una mujer no va sola cuando va con la vergüenza!

Luis de Ancoena.

* PALIQUE

A D. Carlos de Borbón le aflige una desgracia de familia, y su dolor es muy digno de respeto, como todos los dolores.

Pero lo malo es que él mismo D. Carlos mezcla estos asuntos particulares con la política, y, desde este punto de vista, queda sujeto él, no su desgracia que sigue siendo respetable, al fuero de la crítica y aun á los acerados dardos de la sátira, como diría el padre Blanco García, que por cierto no sé por dónde anda.

D. Carlos, como cualquier ayuntamiento cursi, declara hijos adoptivos... á todos los carlistas. Si tuviera que mantenerlos puede que se mirase un poco antes de abrir su seno de esa manera á la lactancia universal, pero putativa.

A D. Carlos se le ha escapado de casa una hija, acompañada, dicen, de algunos miles de pesetas, en italiano, y de un pintor que, al parecer, no es libre. Y para consolarse, D. Carlos se declara papá *in partibus* de Mella y de Cerralbo. No sé qué consuelo puede haber en hacerse la ilusión de haber engendrado ese producto químico, tan antipático, que se llama orador carlista, mezcla de inquisidor y de Romero Robledo, Mella en fin. ¿Así se consuela D. Carlos de quedarse sin una hija?

Por cierto que dice ese Borbón que se escapó tantas veces y de tantas maneras: «Para nosotros ha muerto esa hija».

Es decir, que D. Carlos á las ovejas descarriadas las da por muertas.

Si el Divino Pastor hubiera hecho lo mismo, ¡pobres de nosotros los pecadores, D. Carlos inclusive!

Por lo visto, ese rey ojatero, que cree representar á Felipe II y demás monarcas archicatólicos, no sabe ni siquiera el catecismo.

En los dramas románticos de mala ley los padres á quien se les escapa una hija con un hombre casado, dicen eso: «Para mí ha muerto Fulana».

Pero un buen cristiano (y buen padre) no puede decir eso.

Viva la gallina, y viva con su pepita.

Cabe el arrepentimiento, cabe la enmienda, y la hija perdida puede volver al redil; vendrá manchada, según el mundo, pero puede volver convertida en una santa.

Sí, señor don Carlos, según el mundo, esa hija no puede traer á su casa ya más que deshonra; pero según la doctrina cristiana puede traer, si se arrepiente, y emprende con buen resultado el camino de perfección, la gloria de la santidad. El mundo no olvida, Dios perdona.

Hasta en *La Favorita* lo dicen:

¡Díddo perdona!

canta Fernando, á quien quiso hacer un flaco servicio uno de los antecesores de V. M.

Pero don Carlos se guía por la ley del mundo, no por la de Cristo; y para sacudir el peso de la deshonra mundana, que puede perjudicarle en su ascensión al trono, dice: ¡ahí queda eso! y da por muerta á la infeliz Elvira, que será una joven apasionada, impulsiva, tal vez candorosa, no pervertida probablemente. Pero el padre le dice: ¡Por ahí te pudras! Has hecho bajar algunos enteros los valores del carlismo en la bolsa pública, luego

Maledetta tu sei; si, maledetta!...

Parece que está uno oyéndole exclamar:

—«Yo tenía una hija, me la rapice il ciel... es decir, il ciel no, el pintor X; bueno, pues cántala difunta. ¡No, yo no tengo más hijas que Mella, incapaz de escaparse con ningún hombre casado, y Cerralbo, que no pasa de las fugas... poéticas!»

En cuanto á mi amigo Barrio y Mier, yo creo que su carácter serio y sus muchos servicios á la enseñanza le eximen de esa gabelada de ridículo ultra-violeta de ser hijo morganático de D. Carlos. Porque, como estos hijos no los hubo en su legítima esposa primera, ni en la segunda... hay que atribuirlos á un trapicheo. Y es absurdo figurarse á Barrio naciendo entre bastidores, v. gr., del dañado y punible ayuntamiento de D. Carlos con una bailarina, por ejemplo.

Y además, ¿de qué se queja don Carlos? ¿No hizo él vida alegre por esos mundos de Dios?

Bien se conoce que no leyó el drama de Cano *Los laureles de un poeta*. Allí, á un autor de dramas realistas se le escapó una hija, que aprendió estas mañas en los dramas de su papá.

Y D. Carlos no ha escrito dramas así... pero los ha representado, según públicas voz y fama.

Á propósito de teatros. Merece incondicional elogio lo que en favor de los *heridos* que socorre *El Imparcial* hacen los autores dramáticos por iniciativa generosa del Sr. Dicenta.

Algunos autores, con gran modestia, han declarado, como el señor Echegaray, que no sabiendo cuándo se representará una obra suya, empiezan por entregar una cantidad, sin perjuicio de contribuir con derechos de autor, si la ocasión llega.

El Sr. Novo y Colson, siempre entusiasta cuando se trata de los grandes intereses nacionales, también ha acudido con su óbolo de autor dramático y con una idea original; que en trances tales nunca le faltan á este carácter generosamente impulsivo.

El Sr. Novo, de cuyas comedias yo podré pensar todo lo malo que quiera, pero de cuya condición de *altruista* no cabe dudar, propone que vuelva á representarse en la *Comedia* su drama *La bofetada*, cuyos derechos él regala, desde luego, á los heridos de la guerra.

Yo no dudó que los abonos de la *Comedia* se apresurarán á solicitar que se cumpla el deseo del Sr. Novo, porque, cuando se trata de la patria, ningún buen español repara en sacrificios.

Á Bremón le parece que es un chiste hablar de un profesor de filología que está muy ocupado con el estudio comparativo de dos lenguas, ninguna de las cuales entiende.

¿Qué entiende por *entender* lenguas Bremón? ¿Traducir de corrido, hablar esas lenguas? Por lo menos, será *entender* á los que las hablan ó escriben.

Pues bueno; si los filólogos tuvieran que entender todas las lenguas de América, Asia, Africa, Oceanía y Europa, que tienen que comparar... ¡ni el Espíritu Santo daba abasto!

Bremón siempre hace generoso alarde de no saber lo que es ciencia, ni cómo se estudia. Una cosa es estudiar lenguas para hablarlas y poder traducir todo lo que se presente, y otra cosa es estudiar lenguas antiquísimas, ó actuales, pero de pueblos salvajes, v. gr., sin la pretensión de dominarlas, mas sí con la de poder conocer su estructura, sus accidentes léxicos, sintácticos, etc., y su historia fonética comparada.

De lo cual resulta que Bremón, queriendo *clavar el remanoso aguijón*... pinchó con la pasita.

Y la dejó metida.

Clarin.

* NUESTRAS OFICINAS



—Voygo á ver en qué estado se encuentra mi expediente.

—Nada, no hay nada todavía.

—¡Caramba! Es que hace dos años que...

—¡Hombre! ¿pues me gustal? Si creará usted que aquí no tenemos otra cosa que hacer más que despachar expedientes!

Plutarquillo.

BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES CÉLEBRES



SALADINO.

El nombre no puede ser más simpático ni más bonito. Pero, á decir verdad, más que nombre de monarca parece de caballo de circo montado á la alta escuela.

Saladino era hijo de Ayub-Ben-Chady.

Según un historiador, Ayub-Ben-Chady fué el fundador de la dinastía de los Ayubitas.

Según otro, la dinastía de los Ayubitas fué fundada por Saladino, hijo de Ayub.

Más natural parece lo primero, pero no por eso he de oponerme á lo segundo.

Lo cierto es que los ayubitas llegaron á ser poderosos y á ellos se debe la conocida sentencia: *Ayúbate y te ayubaré*.

Al decir de algunos biógrafos, el gran Ayub era hombre de costumbres relajadas y muy dado á las bebidas alcohólicas.

Quizás por eso aseguran otros que Saladino era de origen Kurdo.

Comenzó su carrera militar sirviendo á las órdenes de Noradino, soberano de Siria y Mesopotamia, en cuyo ejército hizo verdaderas atrocidades, que en actos de guerra se llaman proezas.

Adad, califa de los fatimitas en Egipto, imploró el auxilio de Noradino, y éste le contestó que nadie como el príncipe Saladino podría sacarle del aprieto en que se hallaba.



Y, efectivamente, allá fué Saladino, á quien Adad nombró en seguida visir y general de los ejércitos.

El califa estaba mal de salud y encomendó al joven visir el gobierno de sus súbditos.

Éstos se conformaron pacientemente y Saladino se encontraba entre los fatimitas como el pez en el agua.

Fué tanta su fortuna, que al morir Adad le nombraron sultán de Egipto, que era lo que él deseaba, aunque tenía buen cuidado de no demostrarlo.

No faltó quien le llamara usurpador, y hasta hubo pasquines en que decían lo siguiente:

«Por influencia de Alá,
Saladino á vernos vino
y se quedó por acá.
Por algo se llama Sa-
ladino!»

El sultán no hizo caso de indirectas, y demostrando gran prudencia y condiciones de mando poco comunes, se dedicó al arreglo de la administración pública, que tenía bastante que arreglar.

Reprimió—dice un escritor—la rapiña de los empleados en los arrendamientos de las rentas públicas.

He copiado este párrafo porque nos sirva de consuelo y veamos que la dilapidación no es obra de nuestro siglo, ni patrimonio exclusivo de nuestros ediles.

Saladino dictó leyes sabias y, después de conquistar la Siria, la Arabia, la Persia y la Mesopotamia, marchó contra Jerusalén, que estaba en poder de los cristianos.

Éstos resistieron valientemente varios ataques, y otro gallo nos hubiera cantado sin las bravatas de Reynaldo de Chatillon.

El príncipe musulmán le envió varios embajadores reclamando algunos prisioneros, y Reynaldo, olvidando las reglas diplomáticas, los recibió con el mayor desprecio.



Saladino juró vengar esta injuria y, reuniendo un ejército de cincuenta mil hombres, dió el año 1187 la famosa batalla de Tiberiada, en la que nos pegó una paliza monumental, aunque nos esté mal el decirlo.

Entre los muchos prisioneros que hizo estaba nada menos que Guido de Lusignan, rey de Jerusalén, al que acompañaba Reynaldo de Chatillon.

El monarca cautivo creyó llegada su última hora; pero ¡cuál no sería su sorpresa al ver que Saladino le recibía con mucha afabilidad y le trataba con gran consideración y respeto!

—Nada temáis—le dijo;—sentaos á mi mesa, que precisamente en este momento me dispongo á almorzar.

—Gracias. No tengo apetito. Lo que sí tengo es sed.

—¡Á ver! ¡Que le sirvan mi bebida predilecta!

Y un esclavo como un castillo presentó á Guido una gran copa de oro en la que escanció un licor espumoso, frío como la nieve, especie de *champagne frappé*, invención del gran Ayub, hombre práctico, como sabemos, en la elaboración de bebidas espirituosas.

—Bebed sin temor—dijo Saladino, al notar la indecisión de Guido.

—Nada temo—replicó éste, y apuró con delicia todo el contenido de la copa. ¡Exquisito! En mi vida he bebido cosa semejante.

—¿Queréis más?

—Sí, que llenen otra copa para que lo pruebe Reynaldo.

—¡Eso no!—dijo Saladino dando un fuerte puñetazo en la mesa.

—Ese hombre no merece mi atención, sino todo lo contrario. Y sacando el alfanje, cortó de un solo tajo la cabeza del orgulloso Reynaldo de Chatillon.

—¡Animad!—dijo por lo bajo el aturdido monarca.

—¡Ya me he vengado!—contestó Saladino.

Y se sentó á almorzar muy satisfecho, como si aquella brutalidad le hubiera servido de aperitivo.

Lo que acababa de hacer le parecía la cosa más natural del mundo. El sultán era así; lo mismo servía para un barrido que para un fregado.

Y apropiado de fregar.



Quando hizo su entrada en Jerusalén concedió la libertad á muchos prisioneros cristianos, «con una generosidad que no había tenido ejemplo en aquella parte del mundo», según dice un historiador, y al mismo tiempo trató á otros con bastante dureza, obligándoles á fregar con agua de rosas todo el pavimento de la mezquita, que había sido convertida en iglesia.

Colocó en ella un magnífico púlpito, en el que el mismo Noradino había trabajado, é hizo grabar sobre la puerta del templo los siguientes renglones:

EL REY SALADINO,
SERVIDOR DE DIOS,
PUSO ESTA INSCRIPCIÓN DESPUES QUE DIOS
TOMÓ Á JERUSALEN CON SU MANO.

¡Y, sin embargo, Saladino estaba dejado de la mano de Dios! Pasaron algunos años.

Francia, Inglaterra y Alemania, alentadas por el Papa Clemente III, acudieron en auxilio de los cristianos retirados en Tiro. Sitiaron la ciudad de San Juan de Acre, derrotando á los musulmanes, y se apoderaron de Cesarea y de Jafa en el año 1191. Se disponían á poner sitio á Jerusalén cuando, habiéndose introducido la disensión entre ellos, Ricardo, rey de Inglaterra, se vió obligado á concluir una tregua de tres años y tres meses, por la cual Saladino cedió á los cristianos las costas del mar desde Tiro hasta Joppé.

Lo que prueba que por lo menos esta vez le ganaron el pleito con costas.



Después de este tratado le entró al sultán una melancolía tan profunda que al año siguiente falleció, después de una penosa enfermedad, durante la cual dió muestras de verdadera humildad y mansedumbre, dejando en su testamento numerosas limosnas para que fueran repartidas por igual entre los pobres mahometanos, cristianos y judíos.

«Todos son hermanos, decía, y acreedores á que se les socorra en sus desgracias.»

¡Era mucho hombre el tal sultán!

De su vida se cuentan episodios verdaderamente curiosos y que demuestran que era todo un carácter.

Así como nuestros Gobiernos tienen su Banco Azul, él tenía su Diván.

Los jueves eran los días dedicados á celebrar Consejo, con asistencia de sus emires.

El resto de la semana lo consagraba á recibir memoriales y solicitudes. Todas las personas, sin distinción de clase, edad, país ó religión, podían dirigirse á él, seguras de que las atendería.

Un día, un tal Omar, comerciante de Aekhlai, ciudad indepen-

diente de Saladino, tuvo el atrevimiento de presentar una instancia contra el propio sultán, reclamando una herencia de una esclava que éste se había apropiado.

El juez, asombrado de la osadía de aquel hombre, se dirigió á Saladino y, con acento tembloroso, le dijo:

—¡Señor! Aquí traigo un pliego en que un desdichado, olvidando vuestra grandeza, tiene la avilantez de reclamaros una herencia. ¿Qué debo hacer?

—Marchate á tu casa—contestó secamente el sultán.

—¡Señor!...

—¿Lo que pide es justo?

—Así parece, pero...

—No hay pero que valga. Si los jueces no servís para hacer justicia, ¿para qué mil diablos servís?



É inmediatamente hizo comparecer á Omar, comprendió la justicia de su petición, y no sólo le dió lo que reclamaba, sino que dobló la cantidad, en pago del buen concepto que el comerciante se había formado de la integridad del sultán.

¡Y hablamos de aquellos tiempos! ¿Qué falta nos hacían hoy unos cuantos Saladinos para ocupar los más altos puestos de nuestra magistratura!

En otra ocasión se retiraba el sultán á descansar, después de haber trabajado muchas horas en su despacho, cuando se presentó un esclavo á pedirle audiencia.

—Ya no es hora—dijo Saladino.—Vuelve mañana.

—¿Cómo mañana! Ha de ser ahora mismo.

—Ahora no puedo.

—Tampoco yo puedo esperar. Mi asunto no admite dilación.

Y, nervioso como iba, le tiró el memorial á la cara.

El sultán, sin alterarse, recogió el papel; halló justa la súplica y concedió al esclavo lo que pedía.

Oigan ustedes, para terminar, este otro sucedido que prueba hasta qué punto llegaba Saladino en moderación y en prudencia.



Hallábase un día sentado en el jardín con uno de sus generales.

Á pocos pasos de él disputaban dos mamelucos. El uno tró su chinela al otro. Este esquivó el golpe, y la chinela fué á dar en las propias narices del sultán.

Éste fingió que no lo había notado (lo cual ya era fingir!) y siguió hablando tranquilamente con el general, contentándose con decir por lo bajo: «¡Mamelucos!»

Tal era Saladino.

Reinó veinticuatro años en Egipto y cerca de diez y nueve en Siria.

Nació en 1136 y murió en 1193.
¡Dios le haya perdonado!

Vital Aza.

LOS ALABARDEROS

Primera clase.—LOS ENTUSIASTAS.



—¡Bravo! ¡El autor! ¡Bravo! ¡Ole tu madre!

Segunda clase.—LOS INDIGNADOS.



—¡Fuera! ¡Silencio! ¡A la cuadrá!

Cuchicheo amoroso.

Al pie de una enramada muy sombría y en un sitio apartado de la huerta están cuchicheando todo el día Luis Merino y Ruperta.

Él quiere á su Ruperta como el trucho quiere á la trucha fiel, como el percebe quiere á su fiel perceba, es decir, mucho. Charlando se les hace el tiempo breve, y ni notan si llueve

ó aprietan los calores
ó se les queda la nariz helada.
Ellos viven cantando sus amores
siempre juntos al pie de la enramada.
Algún grillo indiscreto
suele hacer á los novios el terceto.
Mas ellos, en sus pláticas sabrosas,
ni notan lo que el grillo se permite;
que á Ruperta estas cosas
unas veces le importan un ardite
y otras veces un bledo, y á Merino
ni un ardite, ni un bledo, ni un comino.
Los dos amantes, con las manos juntas,
besándose en la huerta y en la boca
y entre celos y mimos y preguntas,
él loco y ella loca,
están de una manera
que le alargan los dientes á cualquiera.

.....
Con afán de aprender á decir cosas
á las damas que turban mi reposo
(pues no entiendo de frases amorosas
y soy un avestruz haciendo el oso),
me acerqué con sigilo á los amantes
sin ser visto por ellos; cabalmente
en los propios instantes
en que era su pasión más elocuente.
Avancé. Continuaba el cuchicheo.
Yo, intrigado y curioso,
me puse tras los dos, con el deseo
de aprender el lenguaje misterioso
del amor cuando se halla en su apogeo,
aunque hablaban tan bajo
que entenderlos costaba gran trabajo.
Pero al fin los oí, lector querido.
¿Y sabe usted lo que llegó á mi oído?
La siguiente pregunta de Ruperta,
que me ha dejado con la boca abierta.
«Luisito de mi vida,
ahora que no hay aquí quien nos aceche,
sácame de una duda que me abate:
¿cómo es más de tu agrado el escabeche,
con cebolla picada ó con tomate?»

Juan Pérez Juniga.

UNA TIPLÉ... COLECTIVA

Querube sin experiencia,
nacida en Calatayud
y en la flor de la existencia,
una mina de virtud
y un modelo de inocencia,
era Juanita un tesoro.
capullo cuyas fragancias
no se pagaban con oro,
y niña de circunstancias
aunque cantaba en el coro.
Con los ojos soñadores
y la boca fresca y pura
y los labios tentadores...
¿qué iba á hacer tanta hermosura
rodando entre bastidores?..
¡Ella, de gustos sencillos
y morigerada y pia,
lidiando entre tantos pillos!
¡Lo que de ella se decía
por cuartos y por pasillos!
Viste bien, es elegante,
es puntual y callada,
lo aprende todo al instante
y está muy desarrollada,
sobre todo por delante.
Con su carilla de fiesta,
su toquilla y su mantón,
va al ensayo tan dispuesta,
y es la desesperación
del director de la orquesta.
Viéndola el hombre disfruta
y, aunque procura estar grave,
cuando Juanita ejecuta
la mira, y tiembla y no sabe
dónde tiene la batuta.
Pues bien, á esa niña honesta,
envidia de más de cuatro
por lo gentil y lo apuesta,
la despiden del teatro...
¿Por el director de orquesta?..
No tal. La murmuran;
envidian su juventud
su gracia, su discreción...

¡Y no envidian su virtud!
Cosas de la profesión,
¡Que si un autor la hizo el oso
y la llevo á la verbena!
¡Que si está el tenor celoso!
¡Que si la han visto en el foso
con el director de escena!
Ni el autor la hizo el amor
—aunque suelen darse casos,—
ni fué novia del tenor,
ni la han visto en malos pasos
nunca con el director.
Los que así la calumniaron
sus asertos no probaron
y ella logró la victoria.
Entonces, ¿por qué la echaron?
Es bien sencilla la historia.
Representando *Boccacio*,
obra que incita al amor
y que no es un mamarracho,
tropezó en un bastidor
con otro corista, macho.
La tiple, que era feroz
como nadie tiene idea,
y que andaba mal de voz
y era vieja, y era fea,
la tenía un odio atroz.
Y dijo que el tropezar
no se puede tolerar,
y que ella no se conforma...
Y la tuvieron que echar
por una cuestión de forma.
¡Cantar á mi lado! ¡No!
Si por su mal tropezó,
que la quiten de mi vista.
¡Yo no sufro una corista
mejor formada que yo!
No fué caso extraordinario
que perdiera su acomodo,
pues sabe todo empresario,
que en cuestiones de escenario
la buena forma es el todo.

E. Navarro González.

ESPAÑA CÓMICA.



—Señorito, que nos estamos cayendo de debilita.

Un descomulgado de los señores en día de feria.

CHISMES Y CUENTOS.

La semanita ha sido de órdago á la grande.

Los generales que dirigen entrambas guerras, como si los hubieran movido con un mismo resorte, han vuelto á sus respectivas capitales sin haber hecho cosa mayor, y después de habernos hecho creer que iban á dar un par de golpes decisivos.

Se conoce que los golpes decisivos eran esos. Volverse.

El de Cuba justifica el retorno, al parecer, porque se ha recrudecido el temporal de lluvias, que, como ustedes habrán tenido ocasión de observar en estos dos años, es eterno en la Gran Antilla. El de Filipinas... ¡ah! del de Filipinas no se sabe nada sino que la insurrección crece que es un portento y que no hay modo de entrar en la provincia de Cavite.

A todo esto el patriotismo sella nuestros labios, como dicen los periodistas cursis, y todos nos cruzamos pacientemente de brazos por no mermar el prestigio de ambos generales.

El cual prestigio, según las personas serias, es nada menos que la base del éxito de las operaciones.

Y por no mermar el prestigio estamos mermando la Nación que es un gusto.

Porque hay que hacer memoria. Lo de Filipinas iba á acabarse, ó por lo menos á recibir un rudo golpe, en cuanto llegaran los primeros refuerzos.

Y llegaron. Y el general Blanco salió con ellos á reconquistar Cavite en un periquete. Y una vez en la línea... se concretó á esperar que llegaran los segundos.

Ahora le ha parecido mejor volver á Manila, donde tiene muchas cartas que firmar.

Y así hasta que llegue Polavieja. Que, como si lo estuviera viendo, tampoco podrá empezar á desarrollar sus planes sin que le envíen otros diez ó doce mil hombres.

¡Todo por una colección de desaharrapados que en cuanto ven un soldado español toman las de Villadiego!

Porque esto último es tan verdad como el Evangelio de la mist. De modo que no hay quien lo entienda.

Pero ¡anda! que bien nos burlamos de ese rey de copas que tienen los rebeldes y que anda por las calles con taparrabos y capa pluvial.

Lo cual sería muy gracioso si no se estuviera él burlando de nosotros al mismo tiempo.

Lo de Cuba ya es harina de otro costal, aunque parece del mismo. Todos los años, en cuanto llega la época de la seca, nos anuncian semi-oficialmente que... tengamos un poco de paciencia, porque aquello va á ser cuestión de quince días.

Pero la época de la seca es breve, ¡ay! demasiado breve, y se pasa en preparativos.

Esta vez todo estaba perfectamente combinado: nutridas las columnas, cerrada la trocha, Maceo desalentado, sin víveres, sin ropa, sin municiones; el general dijo que se iba á dar á conocer, y salió de la Habana con mucho misterio para no volver hasta que quedara limpia de salvajes la provincia de Pinar del Río.

La expectación llegó á su colmo: todos lo creímos, y hasta *El Liberal* publicó un suplemento para tranquilizar á los pocos pesimistas que iban quedando.

Pero hete que también allí hay que firmar cartas, y que vuelve á llover y el general torna á sus lares sin haber limpiado de insurrectos, etc., etc., contentándose con decir:

—Pero ¿qué quieren ustedes que haga yo, si Maceo no da la cara?

De modo que ya sabe Maceo lo que tiene que hacer para eternizar la guerra: no dar la cara.

Y mientras nosotros esperamos á que la dé, los soldados enferman á millares, el producto del empréstito se irá en un abrir y cerrar de ojos, el nuevo presidente de los Estados Unidos hará alguna barbaridad, se enviará un nuevo y numeroso contingente de tropas á luchar... contra las fiebres, se pedirá otro, y luego otro...

Pero tendremos que tener paciencia y esperar. Por no mermar el prestigio de los generales.

Y á todo esto, ¿qué hay de los auxilios á las Compañías de ferrocarriles?

¿Se dan ó no se dan?

Supongo que sí, porque ya se ha echado á volar la especie de que ahora puede hacerse el empréstito de mil millones.

¿Cómo se van á divertir nuestros nietos pagando intereses?

Eso sí, el Gobierno asume toda la responsabilidad. Pero ¿quién es el guapo que se atreve á exigirla?

¿Sería una falta de patriotismo?

Mire usted, señor director general de Correos, lo que pasa con nuestro suscriptor de Pontevedra D. Manuel Gay García Camba no es para contado.

Ó por lo menos es para contado inútilmente. ¡Porque no hay fuerzas humanas que hagan llegar á sus manos un número del periódico!

Él se queja, yo me quejo, nosotros nos quejamos... y el empleado correspondiente (como si tal cosa).

¿Quiere usted tomarse la molestia de averiguar cómo se llama, para desearle aunque no sea más que un año?

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Carape.—Son inocentes. Eso es lo que tienen nada más.

Reverendos padres.—Tienen ustedes la guasa por arrobos para hacer sonetos. ¡Dios se la conserve hasta la terminación de la guerra, por lo menos!

Calitre.—Tienen esos cantares la tacha más común, ¡qué son vulgares!

Festa principiante.—Hay que fijarse en los asuntos principalmente y no ponerse a escribir sin el propósito de decir algo.

Antonio Gutiérrez.—Digo á usted lo mismo que á D. E. S., un poco más arriba.

El abate (ray Francisco).—Y á usted lo mismo que al amigo *Calitre*. *Calamar.*—No están mal hechos, pero tampoco tienen nada de particular. Hay que dar á esas cosas algún rasgo humorístico, por lo menos.

Ruflanchos.—Hombre, por una vez... Mándela usted de nuevo firmada, ¡No se diga que me cierro á la banda sistemáticamente!

Sr. D. C. F.—Se publicará también, ¡Hombre! ¡qué bien empieza la semana!

Un soñador.—Todas son mediantillas por el asunto. Y algunas por la forma también, puesto que no están contadas las sílabas como Dios manda. Pongo por ejemplo:

«Cesó la lucha ya, con tus miradas frías
mi fuego convertistes en ceniza.»

El primer verso es largo; el segundo es asonante del primero y no debe serlo, y por último, no se dice *convertistes*, sino *convertiste*.

Chist Garabís.—¡Jesús! ¡qué unalito es! Aunque se haya cubierto con creces el empréstito no se debe aconsonantar *allí* con *allí*, porque ya es demasiada broma.

Sr. D. A. M.—La inocencia personificada.

Sr. D. G. Q.—Idem de lienzo.

Sr. D. E. F.—Un soneto en que casi todos los versos son asonantes no puede ser bueno aunque venga Júpiter tonante á decirlo.

Paquito y Eugenio.—¡Combo! Si el caso es que no hay trancazo ahora, á Dios gracias. Y no sería conveniente llamarle.

Sr. D. A. A.—Hay que silabear, hay que aconsonantar como es debido, y hay... que tener paciencia hasta dar en el clavo.

Sr. D. L. S.—Desgraciadamente, hoy no puedo aprovechar nada.

El caballo del asistente.—Sirve el primer cantar. Firmelo y mándelo.

Modus operandi.—Muchas muertes me parecen esas para un periódico cómico, ¿No opina usted lo mismo?

Parejo.—Esas poesías que usted llama alegres puede que sean alegres, pero lo que es poesías... ¡ay, no!

Moctesuma.—Nadie las mueva...

Un aspirante.—Pero cómo van á ser aceptables, Dios mío, si no parece sino que tiene usted ganas de guasa viva!

Sr. D. C. C.—Demasiado larga para la pequeñez del asunto.

El andaluz.—«Te regalo presuroso
el aléi y el jazmín
más siempre será dichoso
si me dejas el jardín
que luego seré tu esposo...»

La verdad, no se entiende lo que ha querido usted decir con eso. Aunque es de suponer que debajo se oculte alguna picardía.

El capitán Fracasa.—Pecan un poquito de vulgaridad, pero sírvale de consuelo que no están mal hechos.

Sr. D. F. B.—No recuerdo haber recibido la composición á que alude. De las dos de hoy no puedo utilizar ninguna.

Montserrat.—Es muy mediana. Tanto que, queriendo ser elevada y sentida, resulta todo lo contrario.

Esportaco.—La idea no es mala, pero la forma no corresponde á ella, ni mucho menos.

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE

PEQUEÑA ENCICLOPEDIA POPULAR DE LA VIDA PRACTICA
PARA 1897

TEXTO COMPLETAMENTE NUEVO

PRECIO
EN
RÚSTICA
1 PTA. 50



PRECIO
EN
CARTÓN
2 PTAS.

500 Páginas, 1.000 Figuras y 10 Mapas.

REGALOS Á LOS COMPRADORES DEL ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE

- 1.ª Una máquina de coser de la C.ª FABRIE SINGRA, Carretas, 25 y 25, Madrid
- 2.ª Un reloj de bolsillo de la importante fabrica WALTER, calidad 1650, caja chapada de oro.
- 3.ª Un magnífico barómetro de la Casa Viena de ASAMBRO, Optico, calle del Principe, 12, Madrid.
- 4.ª Un gabán de género inglés, hecho á medida, por la Casa OTERA, Sastre, calle de Alcalá, 17, Madrid.
- 5.ª Una caja de vino amontillado P. P. y W. de las acreditadas bodegas de D. Pansa Durco, en Jerez.
- 6.ª Diez suscripciones gratis de un año á *La Ultima Moda*.
- 7.ª Un ejemplar de lujo del *Repertorio de todos los Juegos*.
- 8.ª Un barril de riquísimo vino de Valdepeñas de Eusebio Lopez y Jimenez, Unión, 47, y Castellanos, 12, Valdepeñas.
- 9.ª Un magnífico calorífero móvil de petróleo.

Estos regalos serán adjudicados á los compradores que hayan acertado en los concursos abiertos entre todos los lectores.

1897

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERIAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.